

ta vocación investigadora descarriada, y al revés, cuánto forzado de la investigación presenciarnos. Ese fructificar en el advenio de las oposiciones en copiosos racimos las publicaciones sedicentes de investigación del futuro opositor, como si estuviese poseído de una fiebre e inspiración que si durase toda la vida llenaría nuestras bibliotecas de aportaciones a la ciencia con mayúscula o minúscula, y, por otra parte, cuántas veces presenciarnos el caso de que una jerarquía universitaria prematura malogra al investigador al recibir, después del carisma oposicional, los entorchados definitivos de maestro y crearse en él un complejo de suficiencia y poca humildad.

Es preciso conseguir que el investigador, allí donde la feliz conjunción con la docencia no pueda o no deba aún realizarse, tenga con su trabajo un medio decoroso de vida, haciendo viable la figura del investigador como profesional independientemente de cualquier otra actividad y con un porvenir de austeridad sí, pero también de tranquilidad familiar y social. Que no tengan nuestros investigadores que buscar afanosamente la inclusión en el escalafón, sino que adquieran conciencia de que la sociedad les va a ayudar y a considerar de acuerdo con

sus merecimientos. Es preciso también que al investigador se le dote de los medios materiales mínimos para cada tipo de investigación, huyendo de una uniformidad a todas luces desplazada y casi siempre injusta.

España se ha lanzado de lleno a esta tarea investigadora. El tiempo es corto para juzgar, las perspectivas son buenas y en las Ciencias Exactas Naturales se ha perdido mucho del materialismo del siglo XIX, que las hacía antipáticas y hasta incompatibles con la espiritualidad del español. Dios haga que sea cierta la profecía del profesor Artigas (10), que estima que al romperse aquel sortilegio materialista nuestro país encontrará su vocación científica de la que estaba ausente desde el comienzo de la ciencia experimental moderna.

En esta noble tarea la Universidad y los hombres formados por ella tienen un papel de primer orden; que lo llenen con espíritu de servicio como hasta la fecha, será una de las prendas más seguras del resurgir científico de nuestra patria.

(10) Discurso de ingreso en la Academia de Ciencias. Madrid, 1949.

CLÁSICOS Y CRISTIANOS EN LA ENSEÑANZA DE LATÍN

MANUEL C. DÍAZ Y DÍAZ

No vamos a entrar ahora en el insoluble problema de cuál es la verdadera justificación de los estudios clásicos: bien se estime su interés por cuanto representan de base de nuestra cultura —y este título es tan importante, sobre todo, cuando se estudia la cultura en su dimensión histórica que la Academia de Ciencias soviética ha debido crear recientemente secciones de Arqueología e Historia de la Antigüedad, y ahora comienza a estudiarse, siquiera con gran parsimonia, el latín—, bien por el conocido tópico de que las lenguas clásicas son formativas como ninguna otra disciplina, bien porque nos ponemos, a su través, en contacto

con un mundo de valores definidos, que se pueden enumerar: respeto a la personalidad humana, sentido de libertad y responsabilidad, universalismo, principios morales sustantivos.

Quizá estos estudios de lenguas y culturas clásicas se apoyen en todas esas razones, o en otras. El hecho es real. Frente a todos los ataques, aislados o combinados, la formación clásica, con un fundamento más o menos humanista, se mantiene en nuestros países occidentales, y casi puede decirse que cada vez con un mayor vigor.

Cabe, sin embargo, preguntarse si la relación del mundo clásico —concretamente, desde ahora, de lo latino— con nuestra enseñanza no se hace con un foso insalvable. Nuestra enseñanza del latín, media y universitaria, franquea los siglos con destreza de funámbulo. Para el alumno, de Cicerón a nosotros, de Virgilio a nosotros, de Tácito a nosotros, no hay nada; mejor dicho, sí hay: tinieblas, las tinieblas cristianas y medievales, de las que nos liberó heroico el Renacimiento.

Fijémonos en lo que ocurre con el griego. Allí se presenta a lo latino como sucedáneo;

MANUEL C. DÍAZ Y DÍAZ es catedrático de Latín del Instituto de Enseñanza Media de Vigo. Especialista de latín vulgar, realizó estudios de ampliación en Munich, colaborando en el *Thesaurus Linguae Latinae*. Es colaborador del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de varias revistas de filología clásica, y autor de una antología del latín vulgar y de varias ediciones de textos latinos.

pero al menos esta visión tiene la gran ventaja de que no corta en el tiempo lo helénico. Por lo latino llega la riqueza griega hasta nosotros. Pero ¿y desde lo latino? Parece casi como si la parte latina de nuestra cultura hubiese sido el resultado de una genial metempsicosis: dos veces encarnada con un espacio de muerte en el intermedio.

Otro de los méritos que se atribuyen al latín viene aquí como respuesta a estas palabras: ese corte de siglos es necesario porque sin él no podríamos percibir las ventajas de nuestro enfrentamiento con un mundo concluso, terminado. Roma es el único organismo político que vemos nacer, crecer y morir ante nuestros ojos fascinados, como ha señalado un pensador español. Esa es su riqueza. Pero es muy posible que no pase de un juego de palabras; ni el organismo político murió, sino que se fué adaptando, poco a poco, a nuevas formas; ni los estudios del latín tienen nada que ver con los avatares de la forma política de su pueblo. Además, el latín no ha muerto; no podemos verlo concluso, porque sigue viviendo en nuestras lenguas, y nuestra cultura sigue siendo latina sin solución de continuidad. No podemos, realmente, prescindir de los cauces por los que se ha verificado la mutación de lo latino clásico en nuestro sér actual.

Por otra parte, hay que reconocer que nuestra enseñanza del latín es parcial e incompleta, porque hemos trasladado, lealmente, a lo latino características del estudio del griego, y hemos buscado —no nosotros personalmente, sino nuestra tradición pedagógica— formar un canon clásico semejante al que imperaba en tiempos de Quintiliano para el aprendizaje del griego. Y así nos hemos limitado a una época determinada. Tiene esto sus ventajas; pero en lo latino lo que nos interesa no es un solo siglo, sino la totalidad. Y añadiendo que nuestra cultura, además de su sedimento latino, tiene un elemento nuevo, de gran complejidad y de una realidad indiscutible: el cristianismo, nos encontramos con que algo hay que nos hace marchar cojos.

Es curioso poder señalar que en el Renacimiento la enseñanza del latín se hacía a partir de autores de la época o medievales, para poco a poco subir hasta los grandes clásicos. Hoy nosotros vamos derechamente a éstos, pero sólo a éstos. Apenas si en nuestras Universidades se dejan huecos para Plauto, y en muchas se desconoce que después de Tácito hubo autores que escribieron en latín. Recuerdo a este propósito el asombro de estudiantes y profesores de latín cuando en un Examen de Estado se pudo comprobar que el texto latino, puesto para traducción, pertenecía a una obra de Quinto Curcio. Es que este escritor está fuera de catálogo.

Los grandes autores podían ser objeto único de enseñanza y comentario cuando el ideal de la Gramática latina era el normatismo que te-

nía como finalidad enseñar a expresarse en latín. La fijación literaria a que llegó la lengua de Roma, al filo de la era cristiana, era un buen cauce para la purga de estilo, para la preparación, incluso estética, de los que iban a escribir latín. Parece que este objetivo de los estudios latinos ha perdido su puesto; ya sólo se escribe latín científicamente, y este hecho reducido no puede justificar toda una orientación pedagógica. Por otro lado, tenemos que estar todos de acuerdo en que para escribir correctamente en nuestras lenguas modernas, el latín, que a veces puede ser útil ayuda, no es soporte imprescindible. Grandes escritores de hoy ignoran la lengua de Roma, y los que pueden conocerla —o haberla conocido— deben asegurar que no es su principal base literaria.

Lo cristiano atá nuestro tiempo de una manera más profunda todavía que la propia romanidad. Y esto porque lo romano, lo latino, ha pervivido en gran parte sólo gracias al eco y apoyo que encontró en el mundo cristiano. Si Lactancio y San Ambrosio no hubiesen imitado y adaptado a Cicerón, si Séneca no hubiese sido valorado como cristiano —de donde la temprana leyenda de su correspondencia con San Pablo—, si en Virgilio no se hubiese visto un precursor de la fe nueva, ¿se habría mantenido tanto del mundo clásico como poseemos hoy? Si las execraciones contra la literatura pagana hubiesen hallado eco en los grandes escritores cristianos, ¿no habría perecido toda ella? La gran virtud de los cristianos fué revalorizar a los autores clásicos al utilizarlos como medios apoloéticos; pero también al interpretarlos como cristianos. Así se mezcló íntimamente lo latino y lo cristiano, y de esta mezcla nos queda hoy más riqueza que de lo clásico. Además, por su propia razón de ser, el contenido de los escritores cristianos tiene más vigencia que el de los clásicos, porque se mantiene más inalterable el dogma, su raíz profunda; y para nuestro mundo que lucha, el ejemplo de los textos cristianos es de primera magnitud.

Nuestra enseñanza del latín —me refiero a España— ha prescindido demasiado del elemento cristiano. Es verdad que algunos libros de texto del Bachillerato, con muy buen criterio, han añadido a sus pasajes clásicos pequeños textos patrísticos o himnos. Pero el ensayo no ha encontrado eco. La Universidad les presta aún menos atención. Mientras en otros países —Holanda, Bélgica, Alemania, Francia— la patrística invade, poco a poco, la enseñanza, y el interés pedagógico e investigador por sus temas va en aumento, nada se hace entre nosotros. Parece que el campo cristiano debe ser abandonado a la Teología, al Derecho o a la Historia. Pero los filólogos no pueden estar ausentes de una parcela que les corresponde por derecho, y en la que todos los restantes especialistas reclaman su previa presencia para resolver los difíciles problemas de ediciones, es-

tudios comparados de lengua y literatura. Hay que ampliar los cuadros de lecturas y comentarios de textos, demasiados reducidos hoy, e iniciar a los alumnos en los problemas de lo que podríamos llamar "Filología cristiana", ya desde los Estudios Comunes. Quizás éstos carezcan de verdadera orientación. Hace poco una alumna se quejaba, en una revista universitaria, de que nadie en los años de Estudios Comunes les había dado orientaciones sobre las posibilidades de cada una de las Secciones de la Facultad de Filosofía. En las clases de latín me parece fundamental que se haga una verdadera introducción a la problemática de la lengua y de la literatura latinas; es una ocasión de poner a los alumnos, que no volverán a estudiar latín, en contacto con el método filológico, verdadero maestro de trabajo para muchas disciplinas, tal como reclamaba insistentemente, hace años, uno de nuestros más activos filólogos. Por eso creo que es útil extender a toda la latinidad cristiana el trabajo de orientación de estos primeros cursos de la Facultad de Filosofía. Quizá esto puede llevar a una mayor extensión y variedad de las lecturas latinas, a un rehilamiento en la sobrecarga de doctrina gramatical y a una más viva visión del mundo antiguo.

No se trata, claro es, de pensar en nuevas Cátedras especializadas, ni en nuevos compartimientos estancos. La virtud de esta dirección podría ser la de dar a la enseñanza universitaria, sobre todo, unas dimensiones menos raquílicas. Ya hoy la ley establece el estudio especial de latín vulgar —que no se confunde con el cristiano más que en una parte insignificante— y el del latín medieval, último eslabón de la cadena. Pero el estudio de este último, si las clases de latín no han tenido mucha cuenta del latín patristico, es un sin sentido. Con estas divisiones, que, ciertamente, reportan ventajas, se corre el riesgo de dividir en exceso la perspectiva de nuestros estudios. No. Quizá sea más útil encuadrar estas variedades en la línea general.

Tampoco se trata de novedades o de moda. Hay una realidad, que, sobre todo, en la Universidad es fundamental: en líneas generales, la ineditéz sólo puede darse en este campo, y no en el clásico. No quiere esto decir —como decía el sabio De Ghellinck— que lo que más hace avanzar la filología patristica sea la dificultad de encontrar temas de tesis doctorales fuera de su campo. Algo hay de eso, y de ello debemos felicitarnos. Pero es que el interés por lo cristiano, por lo primitivo cristiano, crece sin cesar y puede definir realmente nuestro momento.

Es curioso poder señalar que ni siquiera en los Centros eclesiásticos se concede a los autores cristianos el lugar que necesitan; y no es raro en ellos que se dedique más tiempo a Cicerón u Horacio que a Prudencio o Tertuliano. De aquí resulta que en este campo nuestra for-

mación y preparación deja mucho que desear. Basta ver las traducciones de autores cristianos hechas el siglo pasado y hasta en nuestros días. Cuando no se imitan, más que los originales, determinadas traducciones extranjeras, se echa en falta la preparación de los intérpretes, que, ciertamente, saben latín, pero desconocen los problemas de la lengua y los textos cristianos. De una equiparación en las lecturas universitarias de textos clásicos y patristicos sólo ventajas pueden deducirse para nuestra cultura nacional.

Una de las posibles objeciones puede ser la finalidad inmediata de estos estudios. Leer fragmentos de San Agustín en el Bachillerato, ¿para qué, si no van a ocurrir tales textos en el Examen de Estado? Y en la Facultad de Filosofía, a los que se van a dedicar a otras cuestiones, ¿para qué, si ni siquiera los clásicos les son de utilidad?; a los que se van a dedicar a la enseñanza del latín o del griego, ¿para qué, si luego no van a ser exigidos en oposiciones, ni van a tener ocasión de enseñarlo nunca? Todavía otras caben. Pero no olvidemos que son las mismas que los detractores del latín le echan en cara a toda la filología latina. Y, sin embargo, los planes de estudio la mantienen con una cierta prolijidad y torpez.

Y se dirá que no hay tradición entre nosotros. No sé qué podrían decir otros países hace cien, doscientos años. Nosotros, en plena eclosión de filología bentlevana, hemos tenido un campeón de estos estudios: el Padre Arévalo, jesuita, incansable investigador y editor de Juvenco, de Prudencio, de Isidoro. Hoy hay, entre nosotros, patrólogos bien conocidos, aunque no tengan una específica dimensión filológica.

También puede decirse que por este camino no se va a poder abarcar todo; que hay que sentar primero las conquistas que hemos hecho recientemente en el mundo clásico, tan sin tradición antes; que no se pueden desperdigar energías. Son razones especiosas, que generalmente ocultan una desgana. A veces vale más profundizar menos en un punto concreto y extenderse más. Sobre todo, porque me parece que, en nuestro caso, no se trata de un capricho, sino de una imperiosa necesidad pedagógica. No es una nueva orientación que se puede atender o no, sino que es la misma realidad la que reclama atención y justos límites.

Hay que leer textos cristianos al lado de los clásicos. No puede haber perfecta formación latina, si junto a los autores de la gran época no se ponen los Padres de la Iglesia. Con esta dirección llegaremos a tener ediciones decorosas de textos cristianos —hoy éxitos aislados de unas pocas y casi heroicas editoriales—, y quizá pongamos el más firme puntal para que nuestra Edad Media deje de ser la "terra incognita" que decía el fundador de la Filología mediolatina. Desde el punto de vista humanista, los textos cristianos reúnen, ciertamente, todas las apetecibles exigencias. Si buscamos la

dificultad de lengua para obligar al alumno a reflexionar y aquilatar en busca de la interpretación, ahí tenemos a Tertuliano, en ocasiones más difícil y original que Plauto. Si nos interesa más la elegancia y belleza de dicción, ahí están los himnos ambrosianos y páginas maravillosas de Prudencio. Si lo que se exige es perfección expositiva, tratados hay de San Agustín que en nada desmerecen de los mejores de la época de los grandes clásicos. Para agilidad mental y para contemplar un alma fuerte, más interesantes son las cartas de San Jerónimo que muchas de las de Séneca o Plinio. Cuando se enfrenta uno con esas narraciones vivas que son las Pasiones más antiguas, en la mayor parte de los casos simples transliteraciones de los procesos verbales de los mártires, nos sorprende su sencillez y grandiosidad; más que largas disquisiciones morales y más que muchas prédicas enseñan estas palabras que equivalen a sangre martirial. Las páginas ardientes y apasionadas de Tertuliano muestran un cristianismo más vivo y militante que multitud de obras de edificación. Hay que reconocer que desde el punto de vista de la forma, como especialmente por el contenido, tan de tener en cuenta, por ejemplo, en el caso de alumnos de Bachillerato, los textos cristianos presentan un interés muy singular.

Frente a los que ven en los escritores eclesiásticos un pálido reflejo de los autores de buena época, hay que hacer notar su personalidad y su originalidad. Nuestro concepto de estas palabras es totalmente distinto al de su época. Pero también hay que recordar, a los olvidadizos, que muchos achacan a la literatura latina la calidad de meros adaptadores, no siempre felices, de la literatura griega. La objeción es antigua. Pero en lo cristiano es interesante comprobar que nos importa por igual la patristica en sí y la patristica como transvasadora del mundo clásico y autora de ese "coctel" único que es nuestra cultura moderna.

Un ilustre helenista se quejaba, hace poco, de que el griego, en su plano medio y universitario, por influjo, sobre todo, de los programas de oposiciones, se había cubierto de demasiado lastre gramatical, en perjuicio de lo literario y del estudio directo del mundo helénico. Quizá lo mismo pueda decirse del latín. ¿Quién ignora la desproporción que existe actualmente, en todos los ambientes, entre el estudio gramatical, a veces demasiado lingüístico, del latín y el estudio, reducido casi siempre a la nada, de la literatura latina? ¿No sería loable reducir a sus justos límites lo gramatical, sobre todo

en la Enseñanza Media y en los Estudios Comunes de Filosofía y Letras? He aquí otra de las grandes ventajas de los textos patristicos. En general, la atención que ellos exigen a la gramática es suficiente para mantener la tensión del alumno; pero en ningún caso obstaculiza a la íntegra comprensión del texto, que suele ahora quedar relegado a un plano secundario ante la trabajosa búsqueda de datos y rarezas gramaticales en los textos. También la formación humanística reclama una poda en los hipertrofiados análisis gramaticales cuando no se trata de la formación de futuros maestros del latín, a los cuales, sí, es justo exigirles mayor profundidad y conocimiento de los problemas y teorías lingüísticas.

Si la Universidad "es una constante lucha por mantenerse a la altura de la ciencia", y ya que hay muchos noblemente empeñados en dotar a la Universidad española de una seria profundidad, tratemos de ponerla a la altura de las circunstancias. Se entrevé aquí un nuevo campo, de óptimos frutos en ciernes, que al darnos la posibilidad de obtener la clave de los momentos de transición hacia nuestra cultura latina y cristiana, ofrece a los investigadores temas múltiples y ricos para sus trabajos; a los profesores, la ocasión de orientar a los alumnos en la problemática de una época singularmente variada; a los alumnos, de encontrar nuevos horizontes que amplíen para ellos el campo limitado de lo clásico. Los autores deberían figurar por justo título en los programas, y no debería ser posible que un alumno de la Facultad de Filosofía y Letras desconociese ese abundante y diverso mundo que es la patristica latina. Sus textos, por su condición de contenido formativo cien por cien, por su forma tan vinculada a la clásica, por su interés para un pueblo latino y cristiano como el nuestro, deben ser leídos en las clases de latín, al igual que los clásicos, y a su lado, para mejor comprender las diferencias, las novedades y la peculiar riqueza de unos y otros. De esta manera a la formación clásica y humanística, que justifica entre nosotros la presencia preeminente del latín en la enseñanza, se une el interés por lo cristiano, de repercusiones tan trascendentes en la formación de nuestra personalidad nacional.

He aquí por qué he querido llamar la atención de todos los educadores y responsables de orientación de la enseñanza, sobre la presencia y la actualidad de la lectura y estudio de los textos patristicos, que buscaron mirar siempre lo más enjundioso del mundo clásico con la nueva savia del Cristianismo conquistador.